

La voz de los estudiantes

Basaldúa Silva, Jorge

2015-03-04

<http://hdl.handle.net/20.500.11777/271>

<http://repositorio.iberopuebla.mx/licencia.pdf>



ATRIL

LA VOZ DE LOS ESTUDIANTES¹

Jorge Basaldúa Silva²



Un libro es siempre una oportunidad para establecer un diálogo, una comunicación entre dos o más personas que se han tomado su tiempo: una o unas trabajando con tenacidad algún tema o temas, y otra, quien lee, que ha recorrido desde una perspectiva siempre particular las páginas escritas que conforman el texto.

En esta ocasión tenemos una doble oportunidad, ya que hemos dialogado reflexiva y emotivamente con cada capítulo que conforma este ejemplar, y nos encontramos en una misma mesa con una de las personas que se ha tomado el tiempo de concebir y conformar esta valiosa muestra de estudios sobre los estudiantes, abordado desde los estudiantes. Agradezco la oportunidad de compartir con una de las autoras y con todos ustedes algunas ideas en torno a esta obra.

El estudiante siempre es y será para quienes intentamos llevar a cabo procesos de enseñanza-aprendizaje, un desconocido conocido que demanda de nosotros la actitud y capacidad para ampliar nuestro horizonte con el fin de conocerlo y, por ende, conocernos a nosotros mismos. Esta demanda de conocimiento se plantea en el libro y se funda en

¹ Texto leído en la presentación del libro *La voz de los estudiantes. Experiencias en torno a la escuela*, de Carlota Guzmán Gómez y Claudia Saucedo Ramos, el viernes 8 de mayo de 2009.

² Docente e investigador del Departamento de Ciencias Sociales y Humanidades de la UIA Puebla.



varias razones: los estudiantes a quienes se dirigen los procesos de enseñanza aprendizaje; la complejidad de la realidad estudiantil ha sido mirada de manera fragmentada por lo que es necesario promover estudios que nos permitan tener una visión integral de dicha realidad; cada estudiante lleva consigo vivencias que dan a su experiencia educativa características propias; adentrarnos al mundo estudiantil nos permite conocer de manera más completa el ámbito escolar. En definitiva, atender la voz del estudiante se constituye en un compromiso y un reto impostergables. Este libro, centrado en alumnos de nivel medio superior en instituciones públicas, representa una valiosa aportación en este sentido.

Debo decir que por pertenecer a un equipo de profesores que estamos desarrollando estudios sobre los estudiantes, poniendo énfasis precisamente en el reconocimiento de su propia voz, los temas abordados en este libro tienen una resonancia muy especial: abren perspectivas nuevas y generan múltiples preguntas. Quiero detenerme en algunas de ellas para comentarlas con más detenimiento.

Una primera idea atiende la relación entre la propuesta institucional y la realidad estudiantil. La propuesta educativa estructurada por grados supone siempre una trayectoria ideal a través de la cual los alumnos deben transitar. Dicha trayectoria tiene tiempos justos y aprendizajes cada vez más complejos. No obstante, en la práctica esto no es siempre así. Razones como falta de interés, bajo nivel académico problemas económicos traen consigo que los estudiantes desarrollen trayectorias diversas en sus procesos escolares. Se desfasan de la propuesta ideal y empiezan a ser considerados individuos fuera de la norma. En uno de los capítulos se aborda esta situación intentando conocer los motivos por los cuales los estudiantes experimentan esta realidad. Se plantea que una de las causas principales para que esto suceda es faltar a clases.

Resulta obvio decir que cuando un profesor no se presenta los

estudiantes están felices, generalmente no protestan, no piden reposiciones; de la misma manera, de vez en cuando consideran que hay que *volarse* una clase por lo que cabe preguntarse, no sin cierta ingenuidad ¿por qué pasa esto?, ¿no se supone que están en la escuela porque desean estudiar? Al parecer hay una idea compartida entre los alumnos y es que la vida, «la pura vida», está en otra parte, pero no en la escuela. Es así que muchos de ellos van desarrollando trayectorias escolares distintas a las que plantea la institución: reprueban, cambian de escuela, dejan de estudiar un tiempo.

En una aproximación, con una óptica institucional, estas trayectorias pueden entenderse como procesos que se interrumpen, se desvían, rompen con la norma; sin embargo la autora de este capítulo nos propone que podemos considerar dichas trayectorias como procesos continuos; distintos a los ideales, pero con una lógica interna que revisada con detalle nos permite entender mejor que existen diversos modos de ser estudiante. De ahí se desprende que los alumnos logran conquistar su individualidad. De eso no estoy seguro, aunque creo que la pluralidad de trayectorias es un hecho que más que estigmatizar deberíamos comprender.

No obstante esta apreciación: considero que la propuesta institucional tiene un peso muy alto, por lo cual los estudiantes insisten en «echarle ganas a la escuela», «no desperdiciar las oportunidades», «cambiar para ser mejores». Por consiguiente no seguir las trayectorias ideales para ellos representa un cierto fracaso, promueve su frustración y angustia. El costo de seguir otras rutas y romper la norma es muy alto y no estoy seguro que sea entendido como un proceso diferente. «Te pones a pensar qué he hecho de mi vida. Y piensas sacar el papel de aquí porque has dejado tres años de tu vida que sería injusto que no sacaras un papel, que vieras que tu generación se va y tú te quedas por dos o tres materias.» La conquista de la individualidad mediante trayectorias

personales puede ser cuestionada, ya que el estudiante lucha, resiste, pero al final se adecua, se vuelve «bueno». ¿Qué tanto estamos reconociendo y valorando la diversidad estudiantil? ¿En qué medida la institución educativa rescata estas experiencias y aprende de ellas? ¿Qué actitud tomamos los profesores frente a estos alumnos aparentemente inconsistentes? Yo creo que hacemos poco.

Otro aspecto interesante se vincula con el valor que los estudiantes otorgan a su proceso educativo. ¿En qué medida éste va dando sentido a su proyecto de futuro? Dice Guichard que las instituciones educativas proponen a los estudiantes una serie de orientaciones, expectativas y significados que valoran a la luz de otras experiencias personales, familiares y sociales. Yo me pregunto, en el caso de las investigaciones que sobre valoración y revaloración en torno al sentido de la escuela presenta el libro: ¿qué aspecto pesa más?, ¿la propuesta escolar o las experiencias extraescolares?

En el trabajo con estudiantes de bachilleratos universitarios, CCH y tecnológico CBTIS, podemos apreciar que la institución va creando en ellos expectativas más o menos definidas. En las primeras, por ejemplo, 95% valora su escuela como medio para continuar con estudios superiores, mientras que en las segundas lo hace 62%. Considerando que el bachillerato juvenil se enfoca más al mundo laboral, es valorado en 85% como medio de movilidad social, frente a 50% del CCH.

Si bien estos números nos hablan de ciertas tendencias, lo real es que no podemos establecer las valoraciones de manera mecánica. Las vivencias personales juegan un papel importante, no obstante creo que el sistema educativo, aunque en su discurso proponga estas dos modalidades como similares, en realidad son espacios diferentes con enfoques también distintos. Por esto en el sentir de los estudiantes, el ingreso a un CETIS, por ejemplo, es considerado un rechazo, una opción no

deseada. Así, entre ellos encontramos expresiones como: «no tuve otro remedio que venir a esta escuela», «me dio tristeza saber que me había tocado el CETIS».

Dichas expresiones están fundadas no sólo en una percepción prejuiciada de la escuela, sino se ven reforzadas por las condiciones de ésta: «llegué buscando las áreas deportivas, como no las encontré me deprimí mucho», «al llegar tuve la impresión de que era una escuela muy descuidada.» Estas instituciones intentan cambiar esa percepción a través de un curso de inducción que busca convencer a los jóvenes que allí tienen una buena oportunidad para estudiar. Si bien este curso no cambia tal apreciación, sí tiene repercusiones en la actitud de los estudiantes, quienes van adaptándose a la situación y a la vida de la escuela.

Es claro que la escuela, no obstante su poco atractivo, sigue representando para ellos una opción válida, «lo importante no es ser de cualquier institución sino ser estudiante.» Creo que a la institución educativa no le interesa capitalizar esa presencia que aún tiene entre los jóvenes y mantiene estructuras rígidas y, en muchos casos, obsoletas. No intenta adecuarse a las nuevas realidades de los sujetos jóvenes. Parece estar dispuesta a no ceder el poder, a normar de manera casi total la vida estudiantil antes de permitir que a los jóvenes desarrollen criterios propios. La vigilancia se constituye en el mecanismo por excelencia para garantizar la disciplina en la escuela; ésta no les brinda oportunidades ni condiciones para un desarrollo socio/moral que fomente la independencia, creatividad e iniciativas. Y aunque los estudiantes consideren que esas medidas no son adecuadas («te quieren tratar igual que en la secundaria» «los prefectos andan detrás de nosotros»), de alguna manera aceptan este «orden» que han vivido durante muchos años de experiencia escolar.

Al parecer la institución educativa tiene miedo, percibe que algo

sucede con los estudiantes, pero no se atreve a plantear las preguntas que la lleven a comprenderlos. El sistema educativo, plantado en su lógica «perfectamente» definida de temporalidad, modalidad y orden no acepta cuestionamientos, y en este contexto los estudiantes se debaten entre la construcción de dinámicas propias que vayan dando a su experiencia educativa una lógica distinta, y el acomodo, a fin de cuentas funcional, a las normas y criterios escolares.

Considero que las condiciones actuales de precariedad laboral, crisis económica e incertidumbre estructural ejercen gran presión en los estudiantes quienes aun entendiendo que la vida no está precisamente en las aulas, dedican parte de ella al anacrónico ritual de sentarse a escuchar la voz de quien dice enseñar lo que es necesario saber.

Como dije en un principio, es necesario e impostergable reconocer la voz del estudiante, quien no está esperando a que se la demos, sino que en una frecuencia seguramente fuera de nuestro rango de alcance, establece todos los días, en las aulas y en los pasillos, diálogos intensos cargados de futuro. Ampliemos pues los horizontes de nuestras percepciones con el propósito de ser capaces de captar la voz de los jóvenes, no sólo para comprenderlos, sino para promover, junto con ellos, la transformación de las instituciones educativas y de los procesos de enseñanza aprendizaje, en los cuales somos también protagonistas.